

Tetzco, Tezcoco y Texcoco, historia en construcción

Rodrigo Martínez Baracs*

Reseña del libro de Javier Eduardo Ramírez López (coord.), *De Catemahco a Tezcoco: origen y desarrollo de una ciudad indígena*, Patrick Lesbre, Pablo García Loeza, Gonzalo Tlaxani Segura, Antonio Varela, Guillermo Hay; presentación de Juan Manuel Mancilla Sánchez; prólogo de Patrick Johansson K., Texcoco, Diócesis de Texcoco A. R. (Biblioteca Texcocana, 1), 1ª ed., 2017, 2ª ed., 2018, 320 pp.

El libro colectivo *De Catemahco a Tezcoco: origen y desarrollo de una ciudad indígena* es un valioso texto de historia *tetzcocana* y *tezcocana*. Lo digo así porque acepto

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

la propuesta de toponimia histórica que hizo mi amigo y colega Javier Eduardo Ramírez López, coordinador de la obra, de utilizar el nombre de *Tetzco* para referirse al periodo prehispánico, *Tezcoco* para el periodo colonial y *Texcoco* para el periodo posterior. El presente libro contiene varios estudios históricos que van del periodo prehispánico hasta fines del siglo XVIII, como parte de un proyecto que avanza hasta el presente. Puede aceptarse la distinción de Tetzco, Tezcoco y Texcoco, aunque debe decirse que todavía no hay acuerdo sobre la etimología y el glifo de ¿Tetzco, o Tezcoco, o Texcoco? Por cierto, el libro también sigue la convención de escribir y pronunciar Mexico para referirse al periodo prehispánico, y México para referirse al periodo colonial y posterior, cuando bastante pronto el acento tónico debió

de pasar de la segunda sílaba a la primera, larga (si es que el acento no se ubicaba ya en la *e*, como lo propone Patrick Johansson).

El primer aporte de este libro está en su mismo título, pues recoge un pasaje de la *Historia de la nación chichimeca* del cronista tezcocano don Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, que menciona a Catemahco como el primer nombre de Tetzco, topónimo que en la edición de Edmundo O'Gorman, basada en la copia de una copia, aparece como Catlenihco (tomo II, p. 28), pero que el manuscrito original de las obras históricas de Alva Ixtlilxóchitl, en el *Códice Chimalpahin*, permite leer como Catemahco, de etimología incierta.

Aunque el subtítulo del libro es *Origen y desarrollo de una ciudad indígena*, no pretende ser un compendio de historia *tetzcocana* y *tezcocana*; reúne un conjunto de

aproximaciones sobre temas importantes, particularmente centrados en la historiografía y la documentación. Ésta es tal vez la característica fundamental de cada uno de los estudios que componen este libro, el de aportar información documental nueva y leer con atención crítica la documentación existente, necesaria para la construcción de la historia de Tezcoco. Por ello felicito mucho a monseñor Juan Manuel Mancilla Sánchez, cuarto obispo de Tezcoco, autor de una valiosa introducción a la obra, por la promoción de los estudios históricos tezcocanos serios, apoyando al joven historiador Javier Eduardo Ramírez López, que ha recorrido con empeño los archivos y bibliotecas mexicanas, americanas y europeas en busca de documentos tezcocanos, ha animado al Centro de Estudios Históricos y Sociales de Tezcoco “Lorenzo Boturini Benaduci”, A.C., y hoy estudia el Doctorado de Historia de El Colegio de México.

En el caso de *De Catemahco a Tezcoco...*, Ramírez López pidió el apoyo de excelentes colaboradores. Menciono en primer lugar al historiador y nahuatlato Patrick Johansson K., del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, quien hizo una “Introducción” que resume las ideas centrales del conjunto de ensayos que conforman el libro. Enseguida menciono al historiador francés Patrick Lesbre, de la Universidad de Toulouse, especialista en fuentes antiguas tezcocanas, que ha realizado una gran cantidad de estudios especializados, algunos de ellos incluidos en *La construc-*

ción del pasado indígena de Tezcoco: de Nezahualcōyotl a Alva Ixtlilxóchitl, libro publicado en 2016. Para *De Catemahco a Tezcoco...*, Patrick Lesbre contribuyó con dos antiguos estudios historiográficos suyos: un “Boceto de historia prehispánica de Tetzco”, informado repaso de las fuentes existentes, códices y textos en español y en náhuatl; y unas “Aproximaciones a la nobleza indígena tezcocana del primer siglo de la colonización”.

Mi amigo y colega Pablo García Loeza, de la West Virginia University, estudioso de la personalidad y obra del historiador mestizo tezcocano don Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, contribuyó con un ensayo no sobre la conquista de Tetzco, sino sobre “Tetzco en la conquista”, esto es, la conquista de México vista desde una perspectiva tezcocana y destacando la importancia, para el desenlace de la conquista, de la alianza de los tezcocanos con los españoles, que ciertamente no ha recibido la atención que merece. Fue determinante en la conquista la división que resultó tras la muerte de Nezahualpilli, en 1515, justo antes de la llegada de los españoles, entre la facción de Cacama y Coanácoch, que aceptaban el predominio de Mexico-Tenochtitlan en la Triple Alianza, y la facción de Ixtlilxóchitl, que la resentía, y se alió con los españoles contra los mexicas. Esta facción impuso su visión de la historia y la otra fue borrada.

Gonzalo Tlaxani Segura, de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, dedicó un estudio a “Los mercedarios y jesuitas. La figura de la hacienda novohispana como

vínculo religioso” y a “Los juaninos al servicio de la salud y de la fe: la presencia de las órdenes hospitalarias”. Tlaxani Segura también trabajó, junto con el coordinador Javier Eduardo Ramírez López, en la introducción y edición de “El primer libro de historia de Tezcoco escrito por Antonio Varela”, de 1857, y en la introducción “El interés geográfico ambiental sobre Tezcoco escrito por un extranjero: el caso de Guillermo Hay”, a sus breves *Apuntes geográficos, estadísticos e históricos del Distrito de Tezcoco*, de 1866, reproducidos en un facsimilar lamentablemente demasiado chico.

En cuanto al coordinador Javier Eduardo Ramírez López, éste contribuyó con cuatro bien documentados y valiosos estudios: en primer lugar, un recorrido historiográfico sobre los “Estudios de Tetzco y Tezcoco: una aproximación a la legitimidad de su pasado”; uno sobre “Tezcoco en el proyecto lingüístico e histórico de los franciscanos y jesuitas”; uno más sobre “Cacicazgo, religión y sociedad mestiza de Tezcoco, 1600-1790”, y colaboró con Gonzalo Tlaxani en la ya mencionada presentación de la historia de Tezcoco de Antonio Varela.

Menciono finalmente que el libro está dedicado “Para el *tlamatin* don Miguel León-Portilla. Por sus 91 años de vida y su gran legado a través de enseñanzas, su amor a la historia de Tetzco y Nezahualcōyotl”. Y el estudio de Javier Eduardo Ramírez López sobre la obra lingüística e historiográfica de los franciscanos y jesuitas está dedicado: “Para Ascensión Hernández de León-

Portilla, por su ayuda en mis investigaciones”. Ambos, Miguel y “Chonita”, son antiguos amigos de Tetzoco, ahora de monseñor Mancilla Sánchez y de Javier Eduardo Ramírez López.

El libro *De Catemahco a Tezcoco...*, como se ve, es particularmente rico, y no puedo dar cuenta de todas sus riquezas, por lo que me limitaré a tocar algunos temas particulares. Ya mencioné el muy completo estudio de historiografía tezcocana de Javier Eduardo Ramírez López, que llega hasta los estudios más recientes, realizados en México, Francia y Estados Unidos. Señalo que falta destacar que, hablando de fuentes impresas, antes de Lorenzo Boturini y su *Idea de una nueva historia de la América Septentrional*, de 1746, debe considerarse a fray Juan de Torquemada y su *Monarquía indiana*, de 1615, como el iniciador de los estudios tezcocanos en forma impresa, por la gran cantidad de documentos que incorpora, puestos en evidencia en el tomo séptimo de la edición coordinada por Miguel León-Portilla en la UNAM, publicada entre 1969 y 1971. Y habrá que hacer una apreciación del cambio en nuestro conocimiento de las obras históricas de don Fernando de Alva Ixtlilxóchitl a partir del descubrimiento y estudio de la versión original entre los manuscritos reunidos por don Carlos de Sigüenza y Góngora, que la Bible Society prestó a la Cambridge University Library y finalmente vendió a México.

Por cierto, a la Triple Alianza Patrick Johansson la llama la “famosa *Excax tlahtoloyan*”, y varias veces la menciona así Javier

Eduardo Ramírez López. Pusieron de moda esta expresión Alfredo López Austin y Pedro Carrasco Pizana en 1996. Debe, sin embargo, señalarse que las muy escasas menciones antiguas de esta expresión, que significa “gobierno de tres sedes”, fueron hechas todas por el cronista chalca don Domingo Chimalpahin, y no se refieren a la Triple Alianza de Tenochtitlan, Tetzoco y Tlacopan, sino a la antigua Triple Alianza de Colhuacan, Tollan y Otompan del siglo IX.¹

Es valioso el “Boceto de historia prehispánica de Tetzoco” de Patrick Lesbre. Sin embargo, en su erudición documental olvida referir los hechos básicos, que tal vez considera demasiado conocidos, pero que, precisamente, necesitan atención crítica, como la guerra contra Azcapotzalco, la formación de la Triple Alianza, y los conflictos entre Tetzoco y Tenochtitlan desde los primeros tiempos de la alianza, que continuaron durante todo el reino de Nezahualcōyotl, quien los mandó representar en bajorrelieves del cerro de Tetzcotzinco, donde culminaron las grandes obras hidráulicas que movilizaron y educaron a grandes contingentes de trabajadores acolhuas. Los conflictos dentro de la Triple Alianza continuaron durante el reino de Nezahualpilli, y nos permiten entender el conflicto que se abrió tras la muerte de éste, en el que el Acolhuacan se di-

¹ María del Carmen Herrera Meza, Alfredo López Austin y Rodrigo Martínez Baracs, “El nombre náhuatl de la Triple Alianza”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, núm. 46, julio-diciembre de 2013, pp. 7-35.

vidió entre una parte encabezada por Cacama, que acepta el dominio tenochca, y otra parte, la encabezada por Ixtlilxóchitl, que no lo acepta, y que lógicamente se aliara a los españoles. Es lógico pensar que Ixtlilxóchitl rescatara la memoria del rey poeta y arquitecto Nezahualcōyotl en su patriótica lucha antimexica dentro de la Triple Alianza. Tras la conquista, la versión de Ixtlilxóchitl de la historia tezcocana se impondrá; es la que nos heredaron Torquemada, Alva Ixtlilxóchitl y Veytia, y formará el núcleo fundamental del patriotismo tezcocano.

Pablo García Loeza estudia Tetzoco en la conquista española basado en una lectura crítica de don Fernando de Alva Ixtlilxóchitl (que siempre buscará destacar y exagerar la importancia del apoyo tezcocano a Cortés, con el fin de obtener privilegios para sí mismo, su familia y para la ciudad), complementado por varias fuentes coetáneas. Es cierto que la conquista hubiese tenido un desenlace muy distinto si los tezcocanos hubiesen decidido apoyar a los mexicas y no a los españoles. ¿Qué hubiese pasado? Se vale un poco de reflexión contrafactual. Por otro lado, cabe preguntarse por qué el propio rey de España sólo premió verdaderamente a Tlaxcala por su alianza con los españoles, dejando en segundo lugar a aliados tan importantes como Cempoallan y Tetzoco, y después Mechuacan. En el caso de Cempoallan, tal vez se deba a su ruptura de la alianza con Cortés al aliarse con su enemigo Pánfilo de Narváez en abril de 1520; y en el caso de Tetzoco, tal vez se deba a que la facción de

Cacama y Coanácoch jugó un papel en la conquista, muy adversa a los españoles, particularmente en la Noche Triste.

Es valioso el estudio de Javier Eduardo Ramírez López sobre Tezcoco en el proyecto lingüístico e histórico de los franciscanos y jesuitas, tema que trata de manera cronológica. Comienza con la figura de “Don Fernando Cortés Ixtlilxóchitl, el primer cristiano de Tezcoco”, y continúa con “Los inicios de la evangelización de la Nueva España, 1523-1524”, cuando los primeros franciscanos en llegar, en 1523, los flamencos fray Pedro de Gante, fray Juan de Ayora y fray Juan de Tecto, se instalaron a trabajar en Tezcoco, porque todavía no concluía la reconstrucción de la Ciudad de México, y tomaron una decisión de enorme trascendencia, la de aprender las lenguas de los indios para cristianizarlos en ellas. Comenzaron con el náhuatl, haciendo vocabularios, gramáticas, doctrinas e historias, y continuaron con las demás lenguas de la “Babel mesoamericana” (como le llamó Ascensión Hernández Triviño): el purépecha, el mixteco, el chocho, el zapoteco, el otomí, el matlatzinca, el maya, etc. Si bien los frailes decidieron no enseñar español a la mayor parte de los indios, sí lo hicieron a unos pocos alumnos destacados, en su mayor parte hijos de la clase gobernante tezcocana, que pronto aprendieron a escribir en náhuatl con caracteres latinos, lo cual fue una revolución tecnológica notable, pues desencadenó una profusión de escritos legales e históricos en náhuatl escritos por los escribanos de los pueblos de indios.

En el apartado dedicado a “Tezcoco en los albores de la evangelización”, Ramírez López reproduce las firmas de fray Alonso de Molina y de fray Bernardino de Sahagún en 1539, como intérpretes y asistentes del obispo de México, fray Juan de Zumárraga, en el juicio inquisitorial que llevó contra don Carlos Ometochtzin, que fue condenado a la hoguera. Sabemos que el obispo Zumárraga fue reprendido por la brutalidad de su condena, pero no sabemos lo que este momento trágico significó en la vida de los relativamente jóvenes padres Molina y Sahagún, mucho antes de que realizaran sus grandes obras de lingüística y antropología misionera. En su estudio sobre la nobleza indígena tezcocana en el siglo XVI, Patrick Lesbre trata brevemente del juicio de don Carlos Ometochtzin, y lo ve en el contexto de las luchas de los descendientes de Nezahualpilli por el cargo de gobernador del pueblo de Tezcoco, pero entonces la crueldad del castigo no se entiende bien. Tal vez lo tenso del ambiente se dejó sentir más claramente cuando, tras el juicio de don Carlos, el obispo Zumárraga, junto con su comitiva, fue llevado al cerro del Tetzcotzincó, donde vio los bajorelieves relativos a los momentos de la vida de Nezahualcóyotl en su lucha con Azcapotzalco, y también contra los mexicas en el seno de la Triple Alianza, y los mandó destruir, romper y quemar, con particular saña.

Ramírez López continúa su capítulo con un apartado dedicado a “Los franciscanos y sus obras escritas en Tezcoco”, entre los que destacan fray Andrés de Olmos, en

sus obras sobre el México antiguo, lamentablemente perdidas y parcialmente recuperadas, y en su notable *Arte de la lengua mexicana*, manuscrita, de 1547, que, como bien lo vio Ascensión Hernández Triviño, vio la especificidad de la lengua náhuatl en el predominio de la “composición” sobre la “sintaxis”. Y después de De Olmos, grandes autores franciscanos escribieron en Tezcoco, como fray Jerónimo de Mendieta y fray Juan Baptista Viseo. Y dedica el apartado final a los “Nahuatlato tezcocanos como traductores”, en el que da noticia de valiosos manuscritos desconocidos, como el primer escrito tezcocano en náhuatl, de 1565, que es la Carta relación de don Juan de San Antonio, con amargas quejas sobre la situación de la nobleza indígena. Ojalá pronto lo traduzca un buen nahuatlato como Rafael Tena. Trata también de los *Romances de los señores de la Nueva España*, que se encuentran en la Benson Latin American Collection de la Biblioteca de la Universidad de Texas en Austin, Texas, manuscrito hermano de los *Cantares mexicanos*, de la Biblioteca Nacional. Y el mismo gran nahuatlato jesuita, el padre Antonio del Rincón, tal vez nació en Tezcoco e hizo la primera gramática jesuita del náhuatl, marcando de manera sistemática el saltillo, que los franciscanos casi no habían marcado, y la longitud vocálica, que los franciscanos habían ignorado. Y concluye el capítulo con el *Confessionario mayor en lengua mexicana* de Bartolomé de Alva, hermano de don Hernando de Alva Ixtlilxóchitl, y autor de traducciones de obras de teatro del

Siglo de Oro español. No por nada en el siglo XVI y más adelante se siguió hablando en Tezcoco el náhuatl más elegante de la Nueva España, ahora en el ambiente de los conventos franciscanos y casas de los jesuitas, con sus discípulos y colaboradores nahuas.

Este capítulo de Ramírez López sobre los frailes y el que dedica a la sociedad tezcocana en los siglos XVI y XVII, están ilustrados por varios documentos desconocidos, lamentablemente no se alcanzan a ver bien, y espero que Ramírez López los dé a conocer pronto. Igualmente erudito es su capítulo titulado “Cacicazgo, religión y sociedad mestiza de Tezcoco, 1600-1790”, compuesto por cuatro diferentes ensayos. El primero está dedicado a “Los historiadores del Tezcoco gloriosos”, que de alguna manera continúa su capítulo historiográfico anterior. Y son de notarse las cartas de Boturini de 1643 que encontró Ramírez López en el Archivo General de Notarías del Estado de México, relativas a la adquisición de documentos tezcocanos y guadalupanos, particularmente una Historia de Guadalupe en letra de don Fernando de Alva Ixtlilxóchitl.

Boturini logró adquirir la colección de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl que había pasado a manos de don Carlos de Sigüenza y Góngora y a los colegios jesuitas, y de las 300 piezas de la gran colección de Boturini, más de 24 fueron de Tezcoco, y muchas se perdieron, aunque algunas se conservan, como el *Códice Xólotl* y el *Quinatzin* y el *Mapa Tlotzin*. Aquí también, por cierto, hubiese sido bienvenida una apreciación de la importan-

cia de las fuentes tezcocanas que aprovechó fray Juan de Torquemada en su *Monarquía indiana*.

También es importante el apartado que dedicó a “El cacicazgo de Tezcoco a través del *Stammbaum des königlichen Geschlechtes von Tetzco*”, “Árbol genealógico del linaje real de Tetzco”, que dio a conocer el historiador Eduardo de Jesús Douglas, y que permite seguir la evolución de la nobleza tezcocana, primero india, en el siglo XVI, después mestiza, en el XVII, y finalmente española, en el XVIII, todo esto en la situación de decadencia económica de Tezcoco, que fue dejando muy atrás su glorioso pasado prehispánico. En la pintura aparece el cerro de Tetzcotzinco, que estaba en disputa contra la hacienda jesuita de Chapingo, que se quería apropiarse de esas tierras. Ramírez López también estudia la “Genealogía circular de Nezahualcóyotl”, que se encuentra en la Biblioteca Benson.

Ramírez López concluye el capítulo con un estudio del Escudo de Armas de Tezcoco, supuestamente otorgado en 1551 por el emperador Carlos V, y destaca que ni él mismo ni nadie ha logrado encontrar documentos sobre el otorgamiento del Escudo de Armas de Tezcoco en esa fecha, ni en ninguna otra. Pero, debe decirse que no cabe dudar de que un Escudo de Armas se le haya otorgado a Tezcoco, pues lo tuvieron todos los pueblos de indios que obtuvieron el título de ciudad. Hay varias versiones del siglo XVIII del Escudo de Armas, pero la versión más antigua fue durante mucho tiempo la que publicó Antonio Peñafiel en 1903, hasta que Javier Ramírez López

encontró esta misma versión, salvo unas letras agregadas, en un libro de 1701, de Joseph Francisco de Isla, *Vuelos del imperial águila tetzcucana*. La portada con el escudo ya la había publicado en 1988 el historiador Guillermo Tovar y de Teresa, en su *Bibliografía mexicana de arte*, pero nadie había reparado en ella como versión más antigua conocida del escudo de armas de Tezcoco.

Javier Ramírez López advirtió que el libro de Francisco de Isla describe los bailes de los indios que se organizaron para la procesión ceremonial para la jura del rey Felipe V, en ese mismo año de 1701, que representaron las mismas escenas que aparecen en el Escudo de Armas de Tezcoco, lo cual es una muestra de que los elementos del patriotismo tezcocano, presentes en el Escudo de Armas —el ataque de Nezahualcóyotl a la ciudad de Mexico por la calzada de Tepeyac en 1431, la quema del Templo Mayor de Tetzco en 1440, el cerro del Tetzcotzinco, historias recogidas por Torquemada, Alva Ixtlilxóchitl, el *Códice Ixtlilxóchitl*, Veytia, etc.—, estaban presentes y firmemente arraigados en la memoria tezcocana a comienzos del siglo XVIII y lo siguió estando más adelante. Probablemente estaban representados en la casa de gobierno del cabildo de la ciudad.

Agradezco nuevamente a monseñor Juan Manuel Mancilla Sánchez y al historiador Javier Eduardo Ramírez López por habernos regalado este libro que nos permite participar y apasionarnos con la historia en construcción de Tetzco, Tezcoco y Texcoco.